

usted libre. Juro á usted que no he vuelto á ver á Urbano y que nunca le he querido. Le he esperado á usted muchas noches, hasta muy tarde, delante de la casa de su padre, con la esperanza de que le vería llegar... Pero usted no ha llegado nunca. Es la última vez que le escribo. Hasta la vista, ó ¡adiós para siempre!»

—¿Cuándo le han entregado esta carta?— preguntó Oliverio á la criada.

—Hace cinco ó seis días.

—¡Es ya demasiado tarde!—exclamó Oliverio.—¡Oh, padre mío!

Sin embargo, se empeñó en que Lázaro le acompañara á la antigua habitación de María.

—La señora Duchampy se ha marchado hace cuatro días—dijo el portero.

—¡Más vale así!—murmuró Lázaro llevándose á Oliverio.

—¡Cuando menos Urbano no ha vuelto á verla!—pensó Oliverio, cuyo amor empezaba á transformarse en poesía.

LA ÚLTIMA CITA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
"ALFONSO ALFONSINA"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAOTILIA ALFONSINA
PRIMERA PARTE
TERCERA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
"ALFONSO ALFONSINA"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA ULTIMA CITA

I

Hacia mitad del otoño, en una de esas apacibles tardes del mes de Septiembre, en que el cielo brilla con la serenidad peculiar de los últimos días del año, un joven como de treinta años, bajaba en la estación de Sevres del tren que se dirige á Versailles, y se acompañaba hacia la Ville-d'Avray. Le acompañaba una joven, en cuyo vestido de mañana se adivinaba á la mujer elegante de París.

Con un movimiento de ansiedad que revelaba un sentimiento de curiosidad largo tiempo contenida, el joven se inclinaba hacia ella y la miraba con expresivo silencio. Ella se estremecía contemplándole de cerca; un matíz de ansiedad asomaba á su rostro y desaparecía en seguida, borrándose con una sonrisa las huellas de la emoción pasajera que no sabía dominar. Casi de la misma edad que su compañero, la joven no era hermosa, pero sus facciones irregulares estaban llenas de simpatía, y sus ojos azules, de los que

brotaba un brillo altanero y tierno, derramaban sobre su rostro un encanto vago lleno de indefinibles seducciones: parecía pertenecer á esa serie de mujeres cuyo roce no suele inspirar caprichos, pero sí pasiones profundas. Dos ó tres arrugas imperceptibles cruzaban su frente, en la que resaltaba con fuerza el brillo mate de su cabello negro y luciente. Desde hacía algunos momentos, se unía á esta palidez un ligero sonrojamiento que daba á su cara una animación encantadora.

Al cabo de veinte minutos habían llegado al extremo del pueblecito de Ville-d'Avray, y penetraban en el modesto restaurant. El joven pidió que les arreglaran una merienda. Los dueños de aquel parador, acostumbrados á recibir pasajeros de la ciudad, les ofrecieron un cuarto, pero ellos, con un movimiento simultáneo, contestaron sonriendo que preferían quedarse en el jardín y que les sirvieran al aire libre.

Pocos momentos después se acomodaban en una mesa rústica. Les habían servido bajo una glorieta de enredaderas, con vistas á los lagos de Ville-d'Avray, cuyas aguas reflejaban las colinas cubiertas de bosques. Grupos de niños jugaban á orillas del lago. Unos intentaban sacar á flote una barquilla sumergida al borde, otros jugaban con cañas de pescar, olvidadas por algún pescador; luchaban por ver cuál de ellos sería el primero en tirar el anzuelo, y por un pececillo que

se dejara coger, lanzaban gritos hasta cansar los ecos. Uníase á este griterío infantil el ruido del lavadero inmediato, en que la crónica del pueblecito hacía sus chismes diarios. Todo aquel encantador paisaje, expuesto en un cuadro luminoso, las figuras rústicas y los ruidos familiares que le animaban, fué para los enamorados que acababan de sentarse bajo los pámpanos salvajes, un espectáculo cuya contemplación arrancó á un tiempo en sus corazones una misma emoción, un mismo pensamiento. Estaban abortos ante aquel delicioso panorama cuando una criada les sirvió la merienda.

A decir verdad, era una comida muy frugal, improvisada en una cocina cuyos fogones no ardían ordinariamente más que los domingos. Pero el joven se puso á comer sin cumplidos, aconsejando á su compañera que le imitase, á lo que accedió ésta sin hacerse de rogar, comiendo con fruición el pan moreno y bebiendo el vinillo del país que llenaba su vaso. Durante la comida apenas cruzaron dos palabras. Sin embargo, en su mismo silencio y en la actitud comedida que observaban el uno para el otro, sentíase palpitar el deseo de ambos por romper este silencio, y sus menores gestos revelaban su preocupación. Llegó un instante en el que, habiéndose involuntariamente encontrado sus pies, percibió ella la repentina vibración de aquel ligero contacto, y, un momento después, se ex-

tremeció como por la influencia de una corriente eléctrica.

De pronto, el joven dijo riendo á su compañera:

—Hará cosa de un mes pasé aquí una tarde deliciosa.

—¿Solo?—preguntó ella.

—No, con varios amigos. Eramos cuatro ó cinco compañeros de carrera, que durante largo tiempo hemos seguido el mismo derrotero, ligados fuertemente por igual solidaridad de esperanzas, hasta que las exigencias del destino nos separaron por espacio de algunos años.

El domingo á que me refiero, habiéndonos reunido todos con motivo de una solemnidad artística, vinimos á estas afueras á pasar el resto del día, y, como decía á usted, comimos en esta misma mesa y lo hicimos perfectamente, todos reunidos y de tan buen humor como en los tiempos de nuestra primera juventud.

Nada hace ser tan expansivo como estos vinillos nacidos en los viñedos modestos—añadió el joven señalando su vaso medio vacío.—La conversación se hizo pronto entre nosotros más animada, más familiar y más franca; de modo que, poco á poco, todos los aquí reunidos estábamos á un mismo grado de reposo; en todas las caras se veía la misma cordialidad indulgente, todos los espíritus estaban igualmente dispuestos á olvidar los pequeños piques que hubieran po-

dido enfriar nuestra antigua amistad, y todos los corazones, al unísono, murmuraban interiormente la vieja canción de la dicha.

Entonces volvimos al pasado, á aquel pasado del que nos separaban ya doce ó quince almanaques amarillentos. A la primera llamada los recuerdos se despertaron en masa: ¿*Te acuerdas?* eran las primeras palabras con que empezaban todas las frases, la palabra mágica que volaba de boca en boca, haciendo sonreír ó poner serias las caras. En medio del entusiasmo que se había apoderado de nosotros, pasaban uno tras otro nuestros días de antaño. Yo soy—decía éste—el alegre domingo de las bellas estaciones, verde en Abril, amarillo en Septiembre. Yo soy—decía otro—quien os llevaba á los ventorrillos, donde se doblan los talles finos y se mueven los pies ligeros; ¿os acordáis? Y luego llegaban nuestros días de prueba, de paciencia y de valor, que nos repetían á cada uno: Somos la desgracia sin odio y la obscuridad sin aurora. Somos el pan ganado duramente, la pobreza alegre, indiferente y libre, el miserable ochavo de las bolsas pequeñas, de la que nuestra industriiosidad sabía hacer una fortuna. Somos la pereza y los ensueños de las noches de verano. Somos el trabajo y la ruda labor de las noches de invierno, alrededor de la chimenea sin fuego. Somos las páginas más bellas de nuestra vida. ¿Os acordáis? ¿*Te acuerdas?* A esa llamada del pasado se mezclaban la risa expan-

siva, la exclamación alegre, la frase ingeniosa sin mala intención, y á veces también la nota enternecida, ciertas palabras dichas de tal modo, con tal gesto ó cual acento, que se vacila en decir, que no se sabe si callarlas, y, que sin embargo, se dicen; de esas palabras que aun en los más fuertes en paradojas, en quienes el espíritu se ha cambiado en veneno, no pueden ocultarse sin verter una lágrima, que simula un recuerdo. ¡Ah! decíamos á cada aparición del pasado: ¡eran aquellos unos tiempos hermosos! ¡No teníamos nada, pero nos lo repartíamos todo! ¡Todos nuestros placeres de hoy no valen una de las alegrías de entonces! Todas nuestras penas de entonces eran menores que una sola de las preocupaciones de hoy! Volvería gustoso á nuestra vida pasada—decía uno. Para un día, decía otro. ¡No, no es bastante, ¡para todo un mes! ¡Ah! ¡sería demasiado largo!—contestábamos todos.

Luego, de pronto, la conversación se hacía triste: no estaban ocupados todos los sitios de este banquete improvisado, y aquellos cuyos nombres pronunciamos habían partido para siempre. Entonces, como los soldados después de una batalla, contamos los muertos. Este había muerto en la plenitud de sus veinte años: había bruscamente dejado la vida, como quien muda del sitio en que estaba, sin quejarse de ella; aquel se había despertado un día sobre una cama de los pobres, entre las oraciones de un ángel

á quien llamaban «hermana» y de un cura ya anciano, que le llamaba «hijo mío», poniéndole una cruz sobre los labios. Otro había sido herido, sudoroso aún del trabajo, é inclinado todavía sobre su obra á medio hacer. Cuando le cerraban los ojos, la Providencia, que la ingratitud de los hombres ha hecho despreocupada y lenta, le llevaba lo que tanto había pedido, el pan de cada día.

—Venís muy tarde,—había dicho el moribundo;—y mirando á sus amigos reunidos á su cabecera, añadió: Repartid mi parte á los que se quedan.

—¡Pobre amigo!—interrumpió la joven,—también usted ha padecido mucho.

—Mis amigos y yo tuvimos que resistir á duras pruebas, es verdad, pero atravesamos aquel tiempo sin que se levantara ni una voz entre nosotros para acusar al destino; sabíamos que la desesperación es una enfermedad contagiosa, y en los pasajes más penosos, si alguno se dejaba abatir, escondía su debilidad para que no se comunicara á los demás. La misma muerte, llevándose á los más queridos, no había podido hacer pronunciar el «sálvese quien pueda» á los que quedaban, y cuando nuestro dolor enlutado podía repetir como las trapenses «Hermanos, morir debemos», nuestra resignación activa volvía á la vida, repitiendo por el contrario: «Hermanos, debemos esperar».

—Sin embargo,—prosiguió el joven continuando su narración,—el triste homenaje que acabábamos de rendir á los que ya no existían, no fué más que un paréntesis que nos apresuramos todos á cerrar.

Los fantasmas de nuestros hermanos, evocados por un momento por nuestros recuerdos, desaparecieron pronto y tocamos al capítulo de nuestros amores; al pronunciarse el nombre de una mujer á quien yo he amado mucho, todas las miradas se volvieron alternativamente hacia mí y hacia uno de nuestros compañeros, cuya actitud turbada demostraba bastante la impresión viva y penosa que acababa de despertarse en él.

Creo que no precisará decir á usted el nombre del que había palidecido al mismo tiempo que yo al escuchar el vuestro.

—¡Oh, no es usted generoso, Oliverio!—exclamó bruscamente María.—Goza usted en hablar y castigarme cruelmente recordando la que le sería tan fácil olvidar.

—Una vez más, María, no dé usted á mis palabras un sentido que no tienen en modo alguno. En aquella traición, lo supe más tarde, fué usted menos cómplice que Urbano. Sufrí mucho, muchísimo, y si lloré como un niño, si quise morir, no fué únicamente porque mi primer amor y mi primera amistad habían sido engañados una y otro; fué también porque estaba usted perdida para mí, y porque mi amigo no me perdonaría nunca el tener que perdonarle yo.

—Pues bien—dijo Oliverio;—viendo todos la turbación que vuestro nombre había dibujado en mi rostro y en el de Urbano, comenzaron á hablar de otras cosas; por muy hábil que fuese el cambio de tema, la transición había sido demasiado brusca; y cada cual para sí pensaba en la protagonista de aquella novela entre Urbano y yo, de la que con nuestro silencio habíamos querido evitar que se hablase. Urbano se había puesto de pie, junto á este árbol, y hacía dibujos en la corteza con su cuchillo, para aparecer indiferente; yo estaba sentado en el sitio que usted ocupa, sin escuchar lo que se hablaba á mi alrededor, apoyada mi cabeza en una mano, y con la otra haciendo esfuerzos para comprimir los saltos de mi corazón, cuya primera herida acababa de abrirse repentinamente. Al ver nuestros amigos el voluntario aislamiento en que yacíamos, y adivinando el pensamiento secreto que asomaba á nuestro rostro, intentaron hacernos volver á la conversación general. Uno de ellos se levantó, dió la vuelta á la mesa, llenó todas las copas y propuso que se bebiese por nuestra reunión de aquel día y por otra no lejana.

—¡Por la memoria del pasado, por la dicha del porvenir!—dijo uno comenzando los brindis.

—¡Por el recuerdo de los días buenos y el olvido de los malos!—añadió otro.

Viéndonos precisados á hacer lo que los

demás, pues todas las miradas estaban fijas en nosotros, Urbano y yo cogimos nuestras copas; pero vacilábamos todavía, él detenido quizá por su amor propio, y yo por una sinceridad á la que repugnaba hacer muestra públicamente de un sentimiento contra el que sentía renacer de improviso un antiguo rencor. No obstante, Urbano fué el primero en decidirse, y adelantándose acercó su copa á la mía:

—¡Por el olvido, Oliverio!—murmuró en tono que sólo yo pudiera oírle.—¡Por el recuerdo!—contésté de igual manera, chocando ligeramente su copa con la mía.

—Y ahora que hemos ahogado nuestros pesares—repuso uno de los amigos,—bebamos la última copa antes de separarnos.

Bebimos, pues, y emprendimos el camino de París. Pero, como ya he dicho á usted, nos habíamos entretenido mucho, y cuando llegamos á la estación había partido el último tren. Era, pues, preciso regresar á pie. Nos resignamos alegremente á ello. Sería ya media noche cuando entrábamos en el parque de Saint-Cloud por la puerta de Ville-d'Avray. Nos quedaban, pues, dos leguas de camino antes de llegar á París; ¡pero la noche era tan hermosa y el camino tan bello!—¡Usted lo conoce, María!—interrumpióse Oliverio mirando á su compañera, que inclinaba la cabeza.—Entré emocionado en aquel parque, pues no era la primera vez que lo atravesaba á aquella hora apacible.

Hace diez años que lo había visitado con usted; más tarde lo visité con otras. Durante las hermosas noches de verano, semejantes á la que trascurría entonces, me había paseado á menudo por aquellos caminos bordeados de hayas. Sí, María. Primero fué con una pobre muchacha que reposa hoy en el cementerio. Se llamaba Lucila, y parecía hacerle vivir la dicha de nuestro amor. Cuando murió, su recuerdo fué á juntarse con el de usted, que nunca me había abandonado, y los dos vivieron fraternalmente en mi alma. Luego, más tarde, en estos mismos paseos recorridos con usted y con Lucila, sobre este mismo césped que usted había pisado, andaba otra vez lentamente, llevando del brazo á mi pensativa Julieta, cuya boca decía siempre que sí á mis caricias de enamorado, y se extasiaba dulcemente viendo temblar entre las hojas el suave claro de luna de las citas de Romeo. Fué ésta, de todas mis amigas, la que me oyó más veces decirle que la amaba, menos para convencerla que para hacérmelo creer á mí mismo, y revestir con el nombre sagrado del amor un sentimiento que indudablemente no era más que la monstruosa unión de una costumbre egoísta y de un deseo carnal.

—¡Oh, amigo mío!—interrumpió María moviendo la cabeza,—por qué, pues, se extremece usted al hablar de aquella mujer, y por qué sus miradas, que vagan alrededor de usted, parecen llamar á su imagen? La ha

traído usted aquí no hace mucho tiempo. En este mismo sitio en que usted me ha hecho sentar, estuvo ella sentada, más cerca de usted que usted de mí. El tiempo era hermoso, el cielo azul, el aire suave. Estas hojas, que están ya amarillentas, eran verdes entonces; acaso era uno de aquellos días hermosos de primavera, que son la esperanza del buen tiempo, como este de hoy es el precursor del duelo. Vino usted con su amiga bajo este emparrado, ¿verdad? No diga usted que no. Este sitio parece reconocerle á usted, no serle extrañas sus canciones al anochecer. En esta rama en que al llegar ha colgado usted mi chal, colgó usted aquel día el de su querida. Vino aquí con usted, no me lo niegue. Hace un momento, cuando bebía, sus labios parecían buscar en el borde del vaso la huella de los suyos. Hable usted, Oliverio, cada palabra de las que usted me oculta cae hecha lágrimas sobre mi corazón. ¡Oh, amigo mío! hable usted sin temor á herirme, sin ofender á su amor, sin crueldad por usted ni por la que fué su amiga. Amaba usted á aquella mujer, y no sólo por costumbre ó por deseo, como quiere usted asegurar inútilmente, no sólo á tal ó á cual hora, sino á todas horas y siempre, mientras estuvo usted con ella. Por mil cosas que ignoro, pero que adivino, por el sonido de su voz, por el color de su cabello, por la viveza ó la suavidad de su mirada, por ciertas palabras

que sabía decir de un modo especial que no habría sabido ninguna otra, la quiso usted, y mucho. ¡Oh, amigo mío! no diga usted que no, le delatan sus ojos. Su amargura está llena de ternura, y su nombre, cuando lo pronuncia, deja aún dulzura en sus labios. También ella le quiso á usted, créalo, tanto si lo niega como si lo confiesa.

Su corazón no era mudo, como usted decía; pero acaso usted no le escuchaba cuando le decía algo. Esté usted seguro de que le amó, quizá menos que usted á ella, bien puede ser, pero le amó, y acaso por el mismo daño que á usted le causaba.

—Pues bien, sea,—dijo Oliverio,—la he querido; pero no fué con este amor sano y saludable que alegra el corazón y dá felicidad al espíritu, que hace ser buenos á los que son malos, y mejores á los que ya son buenos. Fué uno de aquellos amores mal nacidos, que debía acabar mal; empezado á sangre fría, por casualidad, por coquetería de una parte y por aburrimento de otra; continuado en una lucha perpetua entre la mentira y la sospecha; roto diez veces por hastío, reanudado otras tantas por miedo á la soledad; pasión triste, miserable é inútil, que corrompe el corazón, que le vacía, que le seca, que echa á perder el pasado, y el porvenir; amor funesto, que solo deja ruinas, entre las que, mas tarde, se buscaría en vano uno de aquellos dulces recuerdos que

son como las flores en medio de los escombros...

Si bien esta mujer—prosigió Oliverio—fué la última que me acompañó á este sitio, no pensaba en ella cuando atravesábamos el parque de Saint Cloud. Desde el instante en que el nombre de usted había sido pronunciado en la comida, todos mis pensamientos habían sido acuñados con su efigie, y, lo mismo que en mi interior, todo lo que me rodeaba me hablaba de usted. Mis amigos iban delante, cantando á coro una antigua canción que en otros tiempos había sido para nosotros una especie de himno al trabajo. Andaba yo á alguna distancia detrás de ellos, contento de que me dejaran solo en mi aislamiento, lleno de recuerdos sugeridos por vuestra memoria. De pronto, sentí que me tocaban la espalda, y levantando la cabeza ví á Urbano á mi lado.

—Tengo que hablarte—me dijo,—tengo que confesarme, pero sigamos el paso aunque sea á cierta distancia de los amigos, no quiero que nos oigan.

—Me guardas aún rencor, me lo guardarás siempre, ¿verdad?—decía Urbano.—Lo he comprendido, cuando aquel imbécil nombró á María.

—¿Por qué—le dije—vienes ahora á recordarme este nombre?

—Porque este nombre nos recuerda á los dos un acontecimiento que nos hizo desgraciados.

—¡Yo solo, yo solo tuve la culpa!—exclamó vivamente Urbano.—Desde aquel tiempo—prosiguió—¡cuántos días han transcurrido, cuántos acontecimientos! ¡Nos han ocurrido tantas y tantas cosas! No creía que te acordaras todavía de sucesos que por mi parte había completamente olvidado. Me apercibí de que me equivocaba, hace un momento, cuando he visto tu rencor asomar á tus ojos. Por esta razón he querido hablarte. Escúchame, pues, precisa que esta cuestión se resuelva.

—¿Qué puedes decirme que no sepa desde hace tiempo? ¿Si podías justificarte, acaso no lo hubieras hecho hace diez años? Hace un rato, es verdad, una antigua herida se ha abierto en mi corazón: era la primera, y costó mucho curarla. Tenía ante mis ojos al autor de ella. Te apercibiste de ello, no lo niego, pero ahora ya no pensaba en todo esto.

—Sólo en esto piensas desde que salimos; escúchame, pues—repuso Urbano.—No, no lo supiste todo hace diez años; no quiero hoy disculparme, quiero, por el contrario, acusarme, decírtelo todo, por doloroso que sea lo que resulte para uno y otro; volver á abrir esta herida de que hablabas, ó quizá también cerrarla curada para siempre; y, cuando te lo haya dicho todo, tenderte mi mano y esperar la tuya; eso es lo que deseo...

Este preámbulo, como puede usted supo-

ner, había excitado en grado sumo mi curiosidad.

—Habla, pues, pronto—dije á Urbano.—Cogíome del brazo y empezó así su relación:

II

«—No sé si recordarás todavía cómo amabas á María hace diez años, pero yo lo recuerdo muy bien y no creo que tus amores desde entonces se hayan aproximado, ni con mucho, á aquel idilio. Esta mujer llegó á ser tu pensamiento único, tu única preocupación. Tu pensamiento sabía buscar picardías extraordinarias para que te ofrecieran ocasión de pulsar tu corazón. En las conversaciones y en los actos más insignificantes, tu pasión emanaba de tí como aquellos perfumes que se exhalan del vaso que los encierra. Esa dicha duró dieciocho meses. En aquel tiempo, la existencia tan ruda ya para nosotros, se volvía hacia tí llena de caricias y te cuidaba como una madre cariñosa que protege á su hijo delicado. ¡Ah, en aquel entonces, cuántos desgraciados ha debido hacer tu felicidad, sin pensar que quizá te llevabas la parte que á otros correspondía!

Cuando llegó el día de la desgracia, pensaste en mí. Entre todos los amigos que tan bien como yo podían servirte como exigían las circunstancias, fui yo el agraciado, y, por más que hice y procuré disuadirte

de ello, te mantuviste firme en tu empeño de que te ayudara.

Si cedí entonces á tus súplicas, no lo hice para que me lo agradecieras, sino para que no dudara de mi amistad. Accediendo á recibir á María y ocultarla en mi casa, me sometía á una rudísima prueba, y la catástrofe que acabó con aquellos amores no era sola la que yo había previsto.

El día que atravesó el umbral de mi casa, estaba más emocionado y más inquieto que tú mismo, viendo sentarse á mi hogar á aquella mujer de quien venías hablándome hacía tanto tiempo. La naturaleza de mi emoción y de mi inquietud la averigüé muy pronto. Acuérdate, Oliverio, que cuando estuvisteis instalados en mi cuarto me retiré en seguida, á pesar de vuestras súplicas porque me quedara. Es que creía imposible que no os apercibieráis de mi turbación. Me indignó tanto lo que en mí pasaba, que fui corriendo á confesárselo á dos ó tres amigos. Me contestaron que me calumniaba á mí mismo, é hicieron esfuerzos para tranquilizarme. A pesar de lo que habían dicho y del desprecio con que me castigaba ya mi conciencia, lamentaba que fueras mi amigo. ¡Ah, qué horrible noche de celos pasé vigilando vuestra casa!

—¿Qué habrá hecho para ser feliz?—preguntábame á mí mismo, mirando la luz que brillaba tras los cristales, iluminando, sin duda, vuestra velada de amor.

La envidia es un vicio repugnante cual ningún otro, y del que la tiene deben los demás apartarse como de un leproso. De todas las malas pasiones, es la que debe condenarse sin permitir que se defienda; y el que absuelve ó perdona por piedad al envidioso hace bajar la indulgencia y la compasión hasta el sacrilegio. Y sin embargo, por vergonzoso y despreciable que sea, este vicio lleva consigo el castigo, pues demuestra al mismo que lo tiene la inferioridad de su naturaleza; le obliga á las más humilladoras confesiones á sí mismo, fustiga su vanidad, mancha todos sus deseos, le obliga á despreciarse, casi á temerse, y le inspira odio para sí mismo, aun más violento que el que pueda tenerse á los demás.

—¡Ah! hace un rato—prosiguió Urbano amargamente—te acordabas de todo el pasado, diciendo: «¡jaquellos eran buenos tiempos!» y sin embargo, tu existencia de hoy no puede compararse con la de antes; pero la mala suerte es como una querida que se abandona por sus defectos y de la que sólo se ven sus cualidades cuando está fuera de nosotros.

—¿Qué podía, en efecto, echar de menos, yo que nací en la camita de los huérfanos, cuyas primeras lágrimas enjugó el viento del camino, cuando colgaba del pecho sin leche de una mujer infecunda que me exhibía para excitar la piedad de los transeuntes? Después, en la edad de la ignorancia y de la

despreocupación, mi destino cruel enseñaba á mi niñez cuántas gotas de sudor cuesta un bocado de pan. Llegado á la pubertad, tenía por lo menos el trato y legítimo orgullo de decir, enseñando las manos: este es mi padre y esta mi madre. Y sin embargo, en medio del abandono y de la miseria, no había dejado ni un día de dar gracias á Dios por haberme hecho hombre. Nunca había salido de mis labios una queja, nunca había herido mis ojos la felicidad de los demás; el espectáculo de sus goces, siendo para mí la prueba evidente de que la dicha existe, era un consuelo y un estímulo; Cristiano como los primitivos oyentes del Evangelio, esperaba la parte de alegría que me debían y me había sido prometida, y no suponía que la resignación humana, agotada por plazos demasiado largos, tuviera nunca el derecho de protestar la Promesa Divina. Cuando llegué á la edad viril, tenía todos los sentimientos que hacen del hombre un sér superior. Todas mis aspiraciones tenían las alas del entusiasmo y tendían á un sólo fin: el amor al bien y la admiración á lo bello.

El arte me invitaba á gozar sus secretos y me había hecho artista mirando las obras del genio, porque en él me parecía ver un poder superior concedido al hombre para glorificar en obras inmortales los grandes espectáculos de la naturaleza y las grandes pasiones del mundo. A los dieciocho años conservaba pura la virginidad de mis creen-

cias; negaba el mal con la seguridad de un estoico que niega el dolor, y mi corazón y mi cerebro eran un rico jardín de ilusiones. Tal era mi vida cuando os conocí, á tí y á los otros.

—¡Ah! el día en que nuestros pasos se unieron para seguir el mismo derrotero, fué quizá el único en el que pensé sin entristecerme... Ya está derribada la pobre casucha en que comíamos el pan del primer banquete paternal, donde bebíamos el vino adulterado que mancha de azul. El día que derribaban aquella casa hospitalaria, pasaba yo por delante abstraído, y, en aquel momento, un trabajador se disponía con su piqueta á arrancar el banco de piedra donde habíamos estado sentados toda la tarde que siguió á nuestro encuentro. Hacía el mismo tiempo que entonces. Era un cielo semejante, corrían hacia el horizonte nubes de igual forma, y á lo lejos el paisaje iluminado de luz diáfana reproducía el mismo efecto de tonos multicolores que habíamos visto juntos. Desfallecí al ver amenazada de muerte aquella pobre piedra que conservaba en mi recuerdo sagrado como un altar. Me acerqué al trabajador y le ofrecí dinero, si me permitía sentar en el banco sólo y por algunos instantes. Me miró extrañadísimo, se figuró que estaba loco, aceptó el dinero y se fué con sus compañeros á beberse á una taberna vecina, donde les oí que reían de mi aventura.

Mientras ellos reían, yo estaba sentado en el banco. Después de media hora, cuando me levanté para marcharme, tenía la cara húmeda. ¡Ah! aquellas lágrimas que vertí eran las últimas que manaban de un manantial agotado desgraciadamente para siempre; estoy seguro de ello, pues yo mismo me reí del último jugo que empapaban mis ojos... Desde aquel día en que sin conocernos nos sentimos atraídos el uno hacia el otro, no nos separamos apenas en tres años. Nos pareció que nuestras ideas eran como hermanas aisladas, que se buscaban desde hacía mucho tiempo.

Por lo que toca á mí, era la primera vez de mi vida que conversaba: hasta entonces había hablado cambiando sólo aquellas palabras á las que se contesta con otras; contigo, al menos, cambiaba ideas. La amistad que por tí sentía no era un lazo formado por la costumbre, un afecto basado en una igualdad de gustos; era un sentimiento que me revelaba el amor á mis semejantes. Tus amigos fueron pronto los míos, pero fuiste tú siempre el preferido de mis simpatías.

¡Cuántos interminables paseos hemos dado juntos á través de los campos! ¡Qué dulces conversaciones por la noche, en el taller, donde los votos de todos se agrupaban tan fraternalmente al rededor de los deseos de cada cual! ¡Inocentes! ¡Con cuánta paridad de ideas vivíamos dirigiendo hacia el mismo objeto la proa de nuestros buques, y

cuán dulcemente soplaba en nuestros mástiles empavesados el viento de la esperanza! ¡Oh! ¡cuántas veces la aurora nos sorprendía de este modo en la actitud de los soñadores felices, ébrios de ensueños, con un pie en las cenizas y el otro en el porvenir! Sin embargo, á tu lado, ¿qué fué la vida para mí? Acuérdate, Oliverio, cuál fué mi existencia en aquella época. Sobre mí, débil, desconocido, miserable, la fatalidad parecía encarnizarse, como si hubiera sido un coloso; humilde planta, me honraba con tempestades. Mis más modestas esperanzas se contraban con montañas de obstáculos; en los caminos más lisos, el grano de arena se volvía piedra para hacerme tropezar. Por más que luchaba, por más que levantaba mi valor desfallecido y lo reanimaba para la lucha, todo era inútil: todos mis esfuerzos sólo servían para quedar luego más cansado; la vida era para mí como una de aquellas escaleras de las comedias de magia, cuyos peldaños bajan hasta el suelo á medida que van subiéndolos; siempre me encontraba en el mismo escalón. Si tenía amigos, razones para los que el mío se abría á todas horas, manos leales siempre dispuestas á coger las mías, abnegaciones que habrían respondido por mí lo mismo con palabras que con hechos, esta misma amistad, ya lo sabes, Oliverio, fué penosa para mí: cada vez que alguno de vosotros quería paralizar mi mala suerte poniéndose entre ella y yo,

su buena voluntad quedaba inservible. Lo mismo que mis actos, mis palabras tomaban un sentido opuesto al que mi pensamiento quería darles. Si en una conversación me atrevía á lanzar una observación que defriese del parecer de los demás, existía, sin que yo lo supiese, un motivo que hacía suponer una mala intención en una reflexión hecha ingenuamente y sin maldad alguna. Si, por el contrario, me entregaba con la exaltación acostumbrada de mi carácter, á la alabanza de álguien ó de algo, una causa igualmente desconocida para mí, bastardeaba mi alabanza dándole cierto tinte de servilismo ó de interés. Por todas partes las más ordinarias circunstancias formaban una red inesplicable, en cuyas mallas mi voluntad tropezaba continuamente. En fin, que en el puente de un buque, un día de tempestad, habría yo sido de aquellos que la superstición de los marinos asustados acusa de atraer la mala suerte, y que se precipitan al mar para apaciguar el temporal.

Tú, que me conociste entonces, sabes que no eran quimeras hijas, á veces, de un espíritu melancólico. La hipocondría es la enfermedad de las naturalezas desconfiadas, es una especie de levadura original que predispone á ciertos hombres á una prevención hostil y les inclina á creerse temidos porque se tienen por temibles. Pero yo, que no me quejaba de la vida, ¿por qué se me echaba violentamente fuera de la ley humana? ¿Qué

crimen desconocido, que cometió mi raza, tenía yo que purgar? Fué durante el último año de nuestra intimidad cuando empezaron á desarrollarse en mí los síntomas de una tristeza salvaje llena de irritaciones, de turbaciones y de angustias. Mi carácter igual, acostumbrado desde mi nacimiento á someterme á las ironías de mi suerte, como un esclavo que obedece maquinalmente á los caprichos de su tirano, se volvía cada día más reacio é impaciente. Las mas pequeñas contrariedades hacían brotar mis quejas. Yo, que por mi carácter conciliador había sido acusado de debilidad, me veía inclinado á la contradicción. En las mas pacíficas discusiones sobre puntos que me eran indiferentes, tenía contestaciones que herían. Emitía intencionadamente las ideas más absurdas, los argumentos mas extravagantes, y lo sostenía todo con apasionamiento áspero, con temeridad ofensiva. Tenía una culpable satisfacción al despertar una de estas semi-disputas, cuya conclusión deja siempre magullado el amor propio, si no herido por alguna sátira, y algo en mi interior se estremecía de gozo cuando había encontrado en mis contrincantes el punto débil de la coraza. Por la noche, cuando volvía á casa, me entregaba preferentemente á la lectura de los autores cuyas obras eran aptas á avivar el dolor de mis llagas interiores. Inepto para formular mis quejas, me complacía en llenarme la boca con las im-

precaciones que ya encontraba hechas en los libros en que el talento enfermo había depositado su hiel. ¡Cuántas veces, como Manfred, inclinado sobre el abismo, he escuchado con salvaje alegría resonar en el alma de Byron los lamentos de la desesperación moderna! Inoculaba de este modo en mis dudas nacieses los venenos de los sarcasmos más amargos que hayan producido la incredulidad y el orgullo de los hombres; cargaba mi memoria con axiomas sacados de las filosofías y de los libelos más atrevidamente escépticos, y, ridículo enano, armaba con ellos mi honda para atacar á los ídolos que rechazaban mi adoración. No podía quedar sin frutos esta educación para el mal, y el terreno estaba convenientemente abonado para que germinara pronto en él la mala semilla.

No tardaron mis compañeros en apercibirse del cambio que en mí se había verificado. Al principio me sermonearon amistosamente, pero yo, hasta entonces tan accesible á los consejos, rechazé los que me daban. Cuando alguno de ellos me sermoneaba, aunque lo hacían siempre con suma discreción y delicadeza, me sentía humillado por sus observaciones, por el mero hecho de que comprendía que era merecida. Me dejaron desde entonces mis amigos, y sin embargo, no me recibieron mal cuando fuí á buscarles, pero comprendí perfectamente que su amistad se había enfriado. El

resultado fué que busqué más aun la soledad, é hice mal: la soledad, esa mala consejera de los que sufren ó creen que sufren, atizaba mi mal y embriagaba mi amargura; me revolvía en mi habitación como un preso en su celda; vahos de odio subían á mi cabeza y había instantes en que deseaba el poder perjudicar á los demás.

Un domingo de verano, de esos rientes domingos de París que llenan las calles de alegre animación, estaba yo solo apoyado de codos en mi ventana mirando pasar los que iban á divertirse: este espectáculo acabó de ennegrecer el malhumor de que estaba poseído. De pronto, oí en la escalera una carcajada de niña: era una niñita del vecindario, que jugaba con un conejo de yeso, el cual por medio de un peso interior, movía continuamente la cabeza. Me enervó la inocente alegría de aquella criatura. —«¿Quién te ha dado esto?—le pregunté apoderándome de su juguete, que me dejó cojer no sin cierta intranquilidad.—Mamá me lo dió porque he sido muy buena,—contestóme.—¿Y donde está tu mamá?—Ha salido, y me ha dado este conejo para que me divierta, mientras ella vuelve.» Era encantadora aquella chiquilla. Grenze la hubiera pintado junto á la falda rayada de una comadre campesina, en algún cuadro de familia. Mirándola me acordé de mi niñez privada de diversiones, y una idea horrorosa atravesó mi mente. En el instante en que

la chiquilla alargaba las manos para volver á coger su juguete, lo dejé bruscamente caer al suelo: el conejo de yeso se rompió en mil pedazos. La niña no dió ni un grito, ni se movió más que para dejar caer sus brazos á lo largo del cuerpo, al que se apretaron como petrificados.

Nunca se ha revelado el dolor más silenciosamente en una cara viva. Se quedó algunos momentos inmóvil, abatida, la cabeza inclinada, fijos los ojos, y, sin embargo, secos. Es terrible lo que te diré, pero temí un momento que no llorara; era su primer disgusto, quizá, y no sabían las lágrimas el camino de sus ojos. Llegaron repentinamente, y pronto su cara quedó inundada. Al ver como lloraba, me horrorizé de mí mismo: el asesino que, de noche, en una esquina, aguarda que pase su víctima, no me parecía más criminal que yo, que me había hecho voluntariamente verdugo de aquella alegría.

Hubiera querido pagar cada una de aquellas lágrimas con una gota de mi sangre. Cogí á la niña en mis brazos, la besé cien veces; le prodigué toda clase de caricias, diciéndole todo lo que se dice para dar consuelo, pero sollozaba más fuerte y entrecortaba sus sollozos, repitiendo: ¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios mío! Queja ó acción de gracias, estas palabras, que están al fin de todas las esperanzas y de todas las miserias de este mundo, me hacían estremecer en boca de

aquella niña. El acento con que salían de su pecho, parecía expresar un reproche. ¡Ah, Dios mío! — querría acaso decir en su lógica de niña:—¿por qué me quitáis mi alegría, ya que la había merecido con mi obediencia, y qué dirá mi madre al ver que se ha roto el juguete que me había dado para recompensarme? Me pegará ó me reñirá, sin duda. ¡Ah, Dios mío! ¡No sós justo!

¡Qué miserable era! ¡Había hecho nacer el sentimiento de lo justo y de lo injusto en el corazón de una niña que por mañana y tarde juntaba piadosamente las manos para su inocente oración! Una ruda quimera había mancillado la fuerza de su alma; ¡por un momento el ángel de su guarda había bajado la cabeza y Satanás se había regocijado! Queriendo que sus gritos atrajesen á los vecinos, la hice entrar en mi cuarto.

—¡Pobre niña—le dije,—perdóname! Soy un desgraciado que padece y que ha querido ver padecer. Tu edad y tu debilidad no me han detenido en mi acción cobarde. Tu alegría bulliciosa estorbaba mi fastidio solitario; he querido ahogarla en tus lágrimas y me he precipitado sobre tí como una ave de rapiña se precipita sobre su presa.

La niña no me comprendía, sin duda, pero abría los ojos como extrañada al escucharme, y miraba tristemente los restos de su conejo, que había recogido en su delantal.

—¿Estás enfadada conmigo?—le pregunté.

—No, señor—contestóme.

—¿Le querías mucho á tu juguete?

—¡Ah, sí, señor! ¡No tenía ningún otro!

—Y ahora ¿con qué jugarás?

—No jugaré ya. ¡Y qué dirá mamá cuando llegue y se entere!—añadió con zozobra que la hizo llorar de nuevo.

—Tranquilízate y seca tu llanto, no te reñirán y no estarás triste. Espera un momento mirando estos grabados—añadí abriendo la puerta,—vuelvo al momento.

Fuí á un almacén de juguetes próximo y allí vacié mi bolsa, lo que costó poco trabajo. Cuando volví á mi cuarto, la niña dió un salto al ver que entraba yo con una muñeca y una cocina que puse ante sus ojos extraviados; era aquello más de lo que nunca se había atrevido á desear. ¡Ah, Dios mío! fué otra vez el primer grito que salió de sus labios.

—¡No comeré hoy, pero tú jugarás, angel querido!—le dije abrazándola.

Se quedó pensativa un momento, como si buscase palabras para expresarme su agradecimiento, pero, no hallándolas á su gusto, saltó sobre mis rodillas y me abrazó tan fuerte como pudo llamándome su amigo.

—Y ahora—le dije—precisa que no me tengas miedo, y, cuando estés muy contenta, ven á reír y á jugar á la puerta de mi cuarto.

Durante ocho días cumplió puntualmente lo prometido y venía á verme dos ó tres